

## ALGUNAS IMPLICACIONES SOCIOLÓGICAS DE LOS EMBLEMAS

ENRIQUE GASTÓN SANZ

Esta intervención va a ser sociológica, y en consecuencia parcial, por las siguientes razones: (a) la Sociología no es separable de la Historia. Tampoco la Historia se puede parcelar, y separarse de otras muchas áreas de conocimiento. (b) En segundo lugar, en la propia sociología caben muchos enfoques y no tengo la pretensión de crearme representativo de todos. En absoluto. Si acaso, los partidarios de las verdades únicas pueden encargarse de anatematizar mi postura. Que en síntesis sería la siguiente: los emblemas tienen dos aspectos fundamentales: son **símbolos políticos**, y a la vez **símbolos de identidad**. La racionalidad o irracionalidad de los emblemas va a depender de la finalidad de la política que simbolizan y también de las implicaciones que las identidades tengan. En última instancia, lo político y lo identitario se aproximarían; aunque son dos fenómenos muy relacionados, que tienen implicaciones diferentes.

Empezando por el aspecto político, voy a tratar de radicalizar cuanto me sea posible. La constante histórica de lo político, en la medida en que lo que había que representar no era racional, los emblemas se habrían convertido en cristalizadores de la irracionalidad. Y la Emblemática se habría convertido en la ciencia de la fijación de esta clase de irracionalidad.

Esta afirmación requiere una argumentación teórica: las imágenes simbólicas que acompañan a textos, y que constituyen el verdadero contenido de los emblemas, han sido conocidas desde la antigüedad, y han tenido un auge extraordinario en la época feudal. Podría decirse que desde entonces los emblemas están presentes en casi toda la cultura material, especialmente en Occidente. Desde la arquitectura hasta la ropa interior de las personas, pasando por las artes, la decoración, las joyas, los adornos y las alfombras. Pero además, han condicionado aspectos fundamentales de la cultura no material, como es la forma de pensar de las personas.

Los emblemas tienen, entre otras muchas cosas, las siguientes peculiaridades:

1. **En primer lugar**, reflejan contenidos cerrados, mensajes cerrados.
2. **En segundo lugar**, son sintéticos, responden técnicamente al sincretismo (de todo un poco). En consecuencia simplificadores o reduccionistas.
3. **En tercer lugar**, sirven para cristalizar esos mensajes cerrados, Para fijarlos. No basta con decir que esto es así. Tratarían de reflejar que esto es así, y punto.
4. **En cuarto lugar** son cómplices de una valoración de la tradición y de lo tradicional que iría más allá de cualquier lógica.
5. **En quinto lugar**, están concebidos para ser repetitivos. Utilizan fundamentalmente la técnica persuasiva de la repetición.
6. Y finalmente, **en sexto lugar**, por lo que tienen de simbólico codificado, reducirían la necesidad de pensar.

Esta conferencia trata de los condicionantes que los emblemas suponen para los hombres y las mujeres. Es decir, lo que en psicología social se considera como parte de la formación de actitudes; y en la sociología convencional, como un agente socializador. En todos los casos son elementos del llamado contexto social.

El contexto social tiene muchas vertientes: una es la temporal. Otra la situacional. Y una tercera, la analítica. Las dos primeras son sobradamente conocidas y las trataré de pasada. Voy a concentrarme en la tercera, la analítica, empezando por revisar las cuatro partes fundamentales de los emblemas, que serían, el **mensaje**; la **imagen**; el **mote**; y el **texto**.

Empezando por **el mensaje**. Los emblemas **son cerrados**. En general, los mensajes van intencionalmente dirigidos a tres posibilidades: o bien al **componente cognitivo** de las actitudes, al pensamiento; o bien al **componente afectivo**, al de los sentimientos y emociones; o bien a **ambos casos**, que suele ser lo mas frecuente. Pues bien, en el caso de los cerrados se trataría de un canto a la irracionalidad cognitiva, en beneficio del emisor. No se busca el que pueda ser considerado como una opinión; sino como una verdad absoluta. Un imperativo categórico, a ser posible.

El beneficiario de esta clase de mensajes, que no es otro que quien los hace, sabe que las **opiniones pueden aceptarse o no. Mientras que las afirmaciones cerradas tienen la vocación de inapelables**. En pura lógica, si se acepta esta estrategia, y se creen tal cual las afirmaciones, sin ponerlas en tela de juicio, se estaría, como mínimo, aceptando **verdades parciales como si se tratara de verdades absolutas**, lo cual es en principio irracional. Aunque por parte del emisor **no se pretende una racionalidad pura, sino instrumental y práctica. Que sirva exactamente para lo que se pretende**.

Puede argumentarse que es exagerado dar importancia a este hecho, que al fin y al cabo nos movemos en un mundo de verdades parciales y casi nadie se escandaliza, lo cual es cierto; pero en el caso de los mensajes cerrados lo

que la técnica lingüística plantea es que lo parcial se acepte como total. Y eso sería un atentado a la racionalidad cognitiva. Una de las características de lo que se llama *uso de razón* es que supone la utilización de las facultades críticas de las personas. Por eso, uno de los principales argumentos en contra de **la publicidad infantil** es precisamente el que los niños, antes de una determinada edad, no habrían adquirido ese mínimo de capacidad crítica, y en consecuencia creerían o dejarían de creer lo que se les dijera, de manera irracional. Lo que sucede es que para los adultos, lo que implicarían los mensajes cerrados es que intencionadamente serían considerados como niños. Más o menos, la técnica de lo cerrado plantea que esto es para que se crea tal cual, pues de lo contrario el mensaje estaría abierto. Aquí **los emblemas coinciden con los epigramas, los aforismos, los refranes, las sentencias, tanto jurídicas como las frases hechas y, por supuesto, ciertas formas de propaganda y publicidad, tanto las explícitas como las subliminales.**

Reflexionar sobre la emblemática supone abrirse a todas las implicaciones posibles, y priorizar los problemas, dando la mayor importancia a los que se consideran más graves. **Para no pocos sociólogos, la verdadera estructura social estaría en las relaciones interpersonales.** Los consejos de los moralistas de todos los tiempos han tenido una importancia mucho mayor de lo que se suele creer. Cuando se dicen determinadas cosas, suele ser por algo; pero tan importante como las elucubraciones sobre su significado o sobre la autoría de un mensaje petrificado es el hecho de que se formulase de manera petrificada. Lo que pasa es que todo se presenta junto: el contenido, sus autores y el mensaje. El fondo y la forma.

**Lo que diferencia a los mensajes abiertos de los cerrados es que los primeros son objetos de la teoría, mientras los segundos resultan más propios de la doctrina.** Los primeros plantean una comunicación verdadera, de igual a igual, de pregunta y respuesta aleatoria; mientras que los segundos supondrían una comunicación vertical. También puede argumentarse que esto es una banalidad y una ingenuidad, que **al fin y al cabo vivimos rodeados de mensajes verticales, y de relaciones asimétricas:** profesores y estudiantes, gobernantes y gobernados, emisores y receptores de televisión, etc. También es cierto que pocos se sorprenden y que casi todos aceptan estos hechos; pero para un sociólogo, si no se sacaran constantemente a la luz no se estaría actuando honestamente.

La humanidad parece haber disfrutado mucho con los mensajes cerrados. Su demanda es enorme. Mientras estoy redactando esta conferencia me acaban de regalar la agenda de la Universidad de Zaragoza, para 2010, en la que para cada día del año hay una frase, cerrada y bien cerrada, de un personaje ilustre. Y hay muchos más ejemplos. En el año en que se conmemoró a Baltasar **Gracián**, se volvieron a publicar la mayoría de sus obras; pero la que más éxito tuvo, la que se tradujo a más idiomas y la que consiguió mayores

ventas, no fue *El Criticón*, ni la *Agudeza y arte de ingenio*, ni *El Discreto*. Fue su repertorio de aforismos, el *Oráculo manual*. La cantidad de partidarios de esta clase de mensajes es grande, y no únicamente de partidarios poco cultos. Abundan también los partidarios ilustres. Se diría que los predicadores de verdades absolutas, los filósofos de universales categóricos; los creativos publicitarios especializados en las frases más coactivas y más condicionantes; los profesores que pretenden que los estudiantes repitan lo que han dicho de la manera más exacta posible, tienen un considerable éxito. El adjetivo emblemático es también visto como sinónimo de ejemplar. «El programa más emblemático de la televisión». «Su comportamiento fue emblemático», etc.

El mal está en que quienes emiten constantemente mensajes cerrados suelen dar a entender que quien no se los crea o quien los ponga en duda sería un tonto o, a veces, lo que es peor, incluso un adversario. La técnica de los mensajes cerrados sirve igual al conservadurismo, como en *Los puntos de la Falange Española*, de José Antonio Primo de Rivera; o *Camino*, de Escrivá de Balaguer, que a la revolución, como en *El libro Rojo*, de Mao Tse Tung; *La Sociedad del Espectáculo*, de Guy Debord; *Banalidades de Base*, de Raoul Vaneigem; y, mucho antes, en las *Tesis sobre Feuerbach*, de Karl Marx, por dar algunos ejemplos notables, sin contar con algunos epigramas históricos, como los de Marcial.

**Hay veces que conviene reducir la ambigüedad.** Las leyes y reglamentos de todo tipo son un buen ejemplo. Los **catecismos y rezos** de las religiones son otro. Se cristalizan y se hacen oficiales. Detrás de los himnos y discursos de las dictaduras suelen venir los llamados «gritos de rigor», que también están cerrados; y que tratar de cambiarlos puede ser objeto de persecuciones. Los golpes de tambor que se hacían antes de las ejecuciones de personas, los golpes de tam-tam de algunos pueblos, incluso las danzas primitivas, tradicionales y folklóricas, que se hacían para gloria de deidades en ciertas sociedades primitivas, eran inalterables y cerradas. Quien gritase o bailase de otro modo podía ser ejecutado.

Quiero insistir un poco más sobre la preocupante demanda de mensajes cerrados. A un alto porcentaje de estudiantes de la Universidad de Zaragoza les resulta difícil incluso utilizar de vez en cuando el verbo en forma condicional. Y que algunos profesores sentimos una fuerte demanda para decir «las cosas como son». Plantear que las cosas pueden ser de muchas maneras; no decir la última palabra sobre un tema; dejar las cosas sin terminar, esperando que cada estudiante las termine por su cuenta, estaría teniendo en mi opinión menos partidarios que lo contrario. Lo digo como hipótesis, ya que no he tenido la oportunidad de estudiarlo empíricamente. Estaríamos tan acostumbrados a dogmatizar que daríamos por hecho el que expresarnos de otra manera sería poco serio. Al buen mensajero de lo cerrado le conviene que, el hecho de que sea precisamente cerrado, esté por encima de cualquier racionalidad.

Cristalizar el pensamiento parece lógicamente contrario a la razón; pero puede favorecer la dominación. Los fundamentalismos religiosos o políticos serían un caso extremo de cerrazón, y una exaltación de la intención de dominio. Nos situaría a todos en un continuo, que iría desde la máxima cerrazón a la máxima apertura. Y en otro que se desplazaría entre la aceptación absoluta del dogma y la mayor desconfianza ante el mismo, ya que el rechazo total también podría entrar en la irracionalidad cerrada.

Las posturas ante el mensaje cerrado tenderían a dividir a las personas en tres bandos, como mínimo:

A. En primer lugar, quienes desean dogmatizar, que irían juntos con quienes encuentran alivio en ser dogmatizados, por un lado.

B. Quienes dudan sistemáticamente y esa inseguridad les lleva a no decidir y a no comprometerse.

C. Quienes ante lo abierto tratan de superar las contradicciones, sabiendo que esta superación generará nuevas contradicciones. Quienes se ponen en guardia ante lo cerrado y tampoco sienten ningún disfrute haciendo que los demás reduzcan su capacidad de rebeldía: es decir, que todo seguirá abierto.

Este tercer bando se corresponde con la concepción dialéctica del mundo, con la que me identifiqué.

El intento de huir de las frases hechas, que se propusieron algunos pensadores de la generación del 98, tuvo poco éxito en la sociedad española actual.

El profesor Henri Lefebvre, en sus clases sobre la dialéctica criticaba la concepción de lo redondo y cerrado como algo perfecto. La expresión, «me ha salido redondo», es decir, cerrado, simétrico, regular y con centralidad, se sigue utilizando de manera coloquial. La asociación de lo perfecto con lo cerrado sigue siendo un lugar común. Un plato de garbanzos, un discurso o una canción, serían perfectos en la medida en que no se les pudiera añadir o cambiar nada. La realidad dialéctica, por el contrario, está mejor simbolizada por una espiral irregular, permanentemente abierta. Cerrar las cosas es una forma muy frecuente de darlas por terminadas. Una especie de «ya no cabe más». La fijación del *non plus ultra*. Queda mucho por investigar sobre este tema, en todas las facetas de la vida, y en el lenguaje. Algunas culturas estarían más interesadas que otras por los acabados, los remates y los enmarcados. Algo así como la media verónica de los toreros o el último verso de los sonetos.

El mensaje cerrado no suele dar cancha a los contrarios. Se diría que no acepta el «depende», ni el hecho de que todos los seres humanos sean distintos, únicos y con libre albedrío. Tampoco hay matices sobre situaciones.

Cuando el poder político absoluto hace suya una ideología, las contrarias quedarían fuera del cercado. Si resultaba posible se podían prohibir y censurar. Si también era posible se podría detener, torturar e incluso matar a los

impugnadores. Como la ideología se suele traducir en hechos, la crítica de los hechos también quedaría fuera del cercado. Y si entre los hechos hubiera errores, o bien se podrían negar, u ocultar o atribuir la culpabilidad a otros.

Edgar Morin, señala un bucle cerrado angustioso: detrás del horror se consigue la indiferencia, la cual lleva a la repetición del horror. Radicalizando el problema, cabe plantearse que detrás de lo cerrado habría una ocultación: la de todo lo que queda fuera de los límites del mensaje. El pensamiento cerrado no permitiría admitir, o no facilitaría admitir, lo no conveniente para los emisores. Las pasadas dictaduras de España, Argentina, Chile y Rusia, por dar algunos ejemplos, se sirvieron de ocultaciones. La censura es una protección adicional de lo cerrado. Y contaron con una parte de la ciudadanía que también se autoocultó lo que estaba sucediendo. No ocultarlo podía llevar a compartir la situación de perseguido. La protección de lo cerrado forma parte de la defensa de la doctrina. Si la doctrina descalifica a las ideas contrarias, el mecanismo de defensa más simple sería ignorarlas. Admitir la existencia de lo diferente requeriría otro mecanismo, la descalificación, para la cual no siempre hay garantías de argumentos satisfactorios. ¿Para qué enfrentarse, si no resulta indispensable? Mejor la ocultación. El Juez, Juan Guzmán Tapia, que llevaba y lleva en Chile la causa sobre el dictador Pinochet, respondió así a la siguiente pregunta:

-¿Considera usted que los chilenos han mirado para otro lado como lo hicieron los alemanes durante la dictadura nazi?

-Sí, claro. Aquí también durante muchos años se produjo el fenómeno de gente que no vio, no creyó o no quiso ver o no quiso creer, y hoy día, a raíz de esta causa y de muchas otras más, la sociedad chilena no puede decir que estas cosas no ocurrieron. Sería una gran hipocresía.<sup>1</sup>

La irracionalidad cognitiva sigue planteando a la ciencia algunas incógnitas importantes: ¿Tendríamos los humanos una necesidad genética de mensajes cerrados? ¿Lo que nos lleva a la aceptación de lo cerrado estaría, por el contrario, relacionado con la experiencia vital acumulada en el esfuerzo para sobrevivir? Hay en la respuesta a tales incógnitas aspectos propios de la percepción y también de carácter moral. Sobre ambos resulta oportuno algún comentario.

La búsqueda de un equilibrio, de un centro explicativo a partir del cual se percibiera mejor y se entendieran algunas cosas, o todas, pudo formar parte de nuestro bagaje genético en el proceso de hominización. La facilidad con que se percibe lo simétrico ha podido ser interpretada como una voluntad de orden. La simetría, tan frecuente en los símbolos y signos emblemáticos es lo

---

<sup>1</sup> Entrevista realizada por Gonzalo Cáceres, publicada en *El Periódico de Aragón*, el día 8 de abril de 2001.

más cerrado y fácil de percibir. En la simetría plana, el punto y el eje concentran la información. Quien observa sabe que a partir del eje de equilibrio habrá una información igual a ambos lados. El espacio observado permitirá una percepción con menor esfuerzo. Cualquier aumento de la complejidad, mediante asimetrías de cualquier tipo, exigirá un esfuerzo mayor. Y si las asimetrías incluyen algo que no sea cerrado, bien por una apertura explícita o por cualquier tipo de ambigüedad, los esfuerzos aumentarán. El consumo de energía será mayor, en términos freudianos. El menor consumo coincidiría con el no discurrir. Y cuanto mayor fuese la complejidad asimétrica, mayor esfuerzo requeriría. La ausencia de un centro de equilibrio multiplicaría las dificultades. Gombrich ha dado infinidad de ejemplos de este hecho en su texto sobre *El sentido de orden*. Lo cerrado comportaría, como mínimo, ventajas perceptivas, que podrían ser genéticas. La ley del mínimo esfuerzo parece estar presente en el mundo físico, en el biológico y en el relacional. Y cabe la posibilidad de que el desarrollo cerebral para la percepción de lo complejo no fuese suficiente en los primeros homínidos, los cuales, por el contrario, ya lo tendrían apropiado para fijar un orden social. Y para el control social que exigiría el mantenimiento de dicho orden. Esta sería mi hipótesis, que no puedo demostrar todavía:

1.º Ciertos homínidos, entre los cuales habría la misma desigualdad natural que en la actualidad (de edad, de género, de inteligencia, de habilidades, de belleza, de altruismo, de egoísmo y de fuerza, fundamentalmente), tendrían grandes posibilidades de generar una sociedad sumamente jerarquizada. Sobre la gran desigualdad social de los pueblos prehistóricos parece haber un consenso entre los arqueólogos, historiadores y antropólogos: sometimiento de los más débiles, de los vencidos esclavizados, de las mujeres, de los niños, de los que realizan actividades menos valoradas.

2.º Estarían ya perfectamente dotados para generar un orden social que fuese más allá de la desigualdad natural. Y en consecuencia, para fijar normas de carácter cerrado y emitir toda clase de mensajes cerrados y coactivos. También estarían dotados para imponer lo cerrado por la fuerza y con la mayor violencia. Una violencia técnica, puesto que los humanos, hombres y mujeres, ya eran constructores de objetos, de herramientas y de armas.

3.º Pese a la existencia de una cierta rebeldía, que habría que considerar también innata, como existe entre todos los mamíferos superiores, sometidos a la desigualdad natural entre sus miembros, no dispondrían todavía de un cerebro capaz de percibir suficientemente la complejidad que encierra lo más abierto, con la infinidad de alternativas contrarias que permite.

4.º Los humanos vivirían dentro del predominio de lo cerrado mucho antes de adquirir las facultades críticas suficientes para oponer resistencia.

5.º Cuando su cerebro estuviese suficientemente desarrollado, no por eso dejarían de estar sometidos a lo cerrado. El poder procedente de la fase ante-

rior también se habría desarrollado. Desde el punto de vista técnico, mediante mejores armas e instituciones represivas. Y desde el punto de vista coactivo, mediante mejores organizaciones y estrategias de dominación. El predominio de lo cerrado persistiría después de que el cerebro humano fuese capaz de percibir con mayor facilidad lo asimétrico, lo complejo, lo interrumpido, lo irregular, lo fundamentalmente abierto.

6°. Y cuando se llegase a esa segunda fase cerebral, la que permitiere las grandes posibilidades críticas, los humanos no las utilizarían apenas, dado que lo cerrado estaría suficientemente cristalizado y que, además, seguirían viviendo en un mundo de persistencia de lo cerrado.

No es casualidad que una epistemología fundada en el estudio sistemático de las irregularidades, de lo abierto, del azar y de la Teoría del Caos, por muchos precedentes poéticos, plásticos y matemáticos que tenga, sea algo propio de finales del siglo XX. Ni sería casualidad que cuente con tan pocos seguidores (aunque casi nadie, en el mundo académico, se atreva a decir que no es partidario). Hoy se seguiría trabajando con una epistemología del siglo XVIII, en busca de las regularidades, de repeticiones y de lo que se pueda cerrar. Y resulta más difícil conseguir reconocimiento académico y financiación cuando se propone investigar sobre singularidades, respetando lo singular, que cuando se ofrece estudiar buscando repeticiones y regularidades. Somos animales territoriales. Por razones de supervivencia tenemos que defender nuestro territorio. Lo que se puede cerrar siempre ha estado de moda entre los humanos, los cuales, con mucha frecuencia hemos obligado a nuestros congéneres a cerrarse. A construir murallas y fronteras para defenderse (las cuales les protegían, pero les hacían vivir cerrados); a mantener el área de la intimidad. Los ataques al ámbito íntimo que, ayudados por las técnicas informáticas, se acentúan en la actualidad, no estarían siendo utilizados para ampliar nuestra libertad, sino para asegurar que no quedase nada fuera de control.

Para que los humanos puedan vivir juntos, supongamos que se juntan dos por primera vez, y luego algunos más: todos tendrían que respetar, cada uno de ellos, ciertas cosas que saben o intuyen que molestaría al otro o a los otros. Y que si otro las hiciera molestaría. Sin ese mínimo sería difícil convivir. Y ese mínimo, que suele llamarse orden social, necesita ser concreto y cerrado. Por ejemplo, no golpearás, no matarás, no harás daño físico al otro, no le robarás sus objetos ni su espacio vital, respetarás a sus crías, etc. Dicho orden social tendría que ser cerrado. A partir de aquí harían falta ciertas normas, para evitar que el orden se rompiera, para castigar a los infractores y para fomentar el conocimiento y aprendizaje de las mismas. Habría un interés objetivo en que las normas se conocieran y cumplieran, lo cual también exige cierto control. Inicialmente un control de todos contra todos, ya que hay que protegerse.



Este sería un mundo cerrado, justificado y frente al cual no habría nada que objetar.

El problema se produce cuando las relaciones no son de igual a igual. Cuando hay asimetrías y unos pueden dominar a otros: adultos a niños, hombres a mujeres, libres a esclavos, o los que son física y psíquicamente más fuertes a los más débiles. En este momento el orden social ya no sería racional, sino que estaría regido por quienes tuvieran una posición dominante. El principio de autoridad no tiene por qué coincidir con el de racionalidad. Es en estas circunstancias en las que aparecen los mensajes controladores, socializadores y que darían lugar a los propios de la emblemática. Internamente el grupo empieza a ser conflictivo, y esta conflictividad se suma a la exterior, ya que todo el grupo tiene que enfrentarse a peligros procedentes de otros grupos.

En el primitivo orden social aparecen necesidades de integración, de cohesión y de identidad. Lo buenos que somos nosotros y lo malos que son los de fuera.

Nuestro grupo y nuestro territorio han sido supuestamente elegidos. No podemos valorarlos como malos, ya que nos sentiríamos mal. Nuestro entorno ya no depende tanto de nosotros. Hay dudas sobre si el prejuicio que lleva a considerar malos a los de fuera procede de causas culturales, o forma parte de nuestra carga genética. Este prejuicio se manifiesta en la creencia de que nuestro pueblo es el mejor, nuestra patria la mejor, nuestro equipo del barrio es digno de la mayor admiración, ninguna virgen tan milagrosa como la nuestra, etc. La mitomanía de lo supuestamente propio. Tal vez un mecanismo de supervivencia psicológica nos llevase a menospreciar lo ajeno (los del pueblo de al lado son mucho peores), como una forma de asegurar una mejor defensa de nuestro territorio. A fin de cuentas somos animales territoriales, igual que otros muchos mamíferos, aves e insectos. Detrás del chauvinismo y de sus diversas versiones etnocéntricas, más refinadas, habría, tal vez, una predisposición genética a valorar lo propio en demasía, que no sería racional. Un mínimo esfuerzo consciente nos lleva a reconocer que también en otros sitios hay cosas buenas, y en algunos incluso mejores. Que lo nuestro no es lo único posible. Que nuestros males (la tortura, por ejemplo; o las desigualdades sociales-no naturales) podrían ser solucionados. Mas ese mismo esfuerzo racional consciente sería frenado por la territorialidad cultural dominante, con su doctrina cerrada. En los casos extremos, la doctrina impediría hablar bien de lo ajeno. Lo que se consideraría como *hacerle el juego al adversario*, que suele ser una de las preocupaciones políticas y religiosas más frecuentes.

#### Las implicaciones de los símbolos de identidad:

Hay que defender la territorialidad y **la identidad no deja de ser una territorial mental**. En la literatura antropológica y sociológica esta identidad

también suele ir acompañada de valoraciones positivas. Somos así y sería necesario que todos supiéramos que somos así. Y que los demás lo supieran también. Otra hipótesis:

1.º Unos animales escasamente dotados para la supervivencia en un universo conflictivo requerirían una motivación territorial para superar las dificultades de conseguir alimentos, proteger a la prole y defenderse de otros animales, fueran o no de su misma especie.

2.º Esa territorialidad genética no sería suficiente para asegurar la supervivencia.

3.º La capacidad razonadora inicial de estos animales, en el proceso de hominización, les permitiría un importante refuerzo cultural de dicha territorialidad, tanto por su habilidad como constructores de advertencias, señalizaciones y murallas (habilidad que comparten con otras muchas especies animales), como con su lenguaje, y las posibilidades que éste encierra para incluso cristalizar lo territorial, a través de sus mensajes y símbolos.

4.º Asegurada una territorialidad suficiente, la genética más la social, cuyo carácter era instrumental; y aseguraba también la interiorización de la misma, ampliamente facilitada por la carga genética, los grupos dominantes habrían descubierto las ventajas que la territorialidad (objetiva y asumida) comportaba para facilitar el control social.

5.º Esta territorialidad, para mejor coincidir con el control, tenía que ver lo exterior, es decir, el resultado de cualquier apertura, como peligroso. Y, sobre todo, tenía que ocultar en el interior lo que de bueno pudiera tener lo exterior. La territorialidad, en su faceta de facilitadora del control, implicaría una falsedad por ocultación. Y facilitaría otras muchas mentiras.

6.º Se habría dado lugar a un desproporcionado control de los unos por los otros, que habría ido mucho más lejos de lo justificable, y en el que los grupos sociales dominantes tendrían el principal protagonismo.

7.º Esta territorialidad genético-cultural-defensiva coexistiría con otra peculiaridad del mismo animal: la motivación exploradora, la curiosidad por lo desconocido. Que también se comparte con otros muchos animales. Y es muy intensa en los niños pequeños. En la satisfacción de muchos de los impulsos, tales como, el sexo, el hambre, la evitación del peligro, es manifiestamente importante conocer la naturaleza del medio en que se vive. La curiosidad permitiría dominar mejor el medio ambiente. Estas serían las dos grandes fuerzas: la territorialidad, que lleva a lo cerrado; y la curiosidad, que lleva a la exploración y a lo abierto.

8.º La territorialidad cerrada habría estado siempre en contradicción con la motivación exploradora. Como las dos motivaciones han existido y existen se han podido desarrollar hasta determinados niveles; pero habría sido la primera, la territorialidad, la que habría dominado a lo largo de la historia. Al menos mentalmente.

Y finalmente, 9.º Y conclusión: la especie humana se ha desarrollado lo suficiente como para que la necesidad objetiva de la defensa del territorio haya desaparecido o disminuido considerablemente. No quiere esto decir que la distribución de alimentos por todo el planeta se esté haciendo de manera equilibrada y ajustada a las necesidades de las personas; pero sabemos que podría hacerse. Tampoco significa que haya desaparecido del todo la necesidad de defenderse de agresores externos. Sigue habiendo naciones amenazadas e incluso grandes regiones del planeta en situación de amenaza; mas sería cínico no admitir que hoy sabemos que la humanidad podría superar estos problemas.

Toda territorialidad y todo lo cerrado que vaya más allá de lo estrictamente indispensable, estarían condenados a desaparecer. O si se quiere, a reducirse muchísimo. El proceso de cambios que se está produciendo en el mundo permite aventurar que la desaparición de lo cerrado, como forma cultural dominante, puede producirse en un tiempo breve. Posiblemente de menos de 100 años, aunque no es presumible que desaparezca sin oponer una gran resistencia, dado que tiene un arraigo de millones de años.

Hasta aquí el tema de lo cerrado del mensaje a efectos de identidad. A partir de aquí, las imágenes, los motes y el texto de los emblemas tendrán una relación con el mensaje principal.

Si se estudian las imágenes emblemáticas, comparadas con el resto de la iconografía mundial, podrían observarse las siguientes características:

1.<sup>a</sup> Tienen problemas de calidad. No están entre lo mejor de la creación humana. Es cierto que tienen una vocación popular, en el sentido de buscadoras del gran público; y es cierto que en todas las épocas ha habido algunos grandes artistas que han hecho imágenes para emblemas, propagandas, anuncios comerciales, etiquetas y alegorías. Desde Durero hasta Tapies y desde Lucas Cranach y Hans Holbein hasta Andy Warhol; pero estas imágenes han sido, en general, muy inferiores al resto de sus obras. Tal vez porque han sido menos libres y más condicionadas. No ha sucedido así con otras manifestaciones artísticas buscadoras del gran público: en la lírica española o galaico-portuguesa, de tipo tradicional, puede encontrarse lo mejor de la poesía; en músicas y danzas populares hay excelentes ejemplos de creatividad. Desde el punto de vista comparativo, el tema ha sido poco estudiado. Parece que en los anuncios filmados y en el marketing de ciudades, regiones y países se están haciendo cosas interesantes, que el tiempo se encargará de filtrar.

2.<sup>a</sup> Característica. Ya planteada por Gombrich. Las imágenes que la humanidad ha ido seleccionando para sus símbolos han tendido a ser las más simples. Hay investigaciones importantes sobre las cruces, medias lunas, meandros, círculos, círculos alterados, como el yin-yan o el mandala, que no voy a reproducir ahora. Parece que en el espectro existente entre el orden y la com-

plejidad, la emblemática se habría inclinado hacia el orden; y en el continuo existente entre la simplicidad y el caos, la emblemática se habría inclinado hacia lo más simple.

3.<sup>a</sup> Las imágenes emblemáticas suelen estar cerradas en sus límites o enmarcadas, sobre todo en los escudos y en las etiquetas. Estas características estarían cambiando en los anagramas comerciales, en los que ya se utilizan abstracciones formales sin demasiados límites, e incluso abstracciones informales, simples manchas; pero, con todo, la característica general sigue siendo la de las imágenes cerradas.

4.<sup>a</sup> En los emblemas, aunque no siempre, hay un predominio de la simetría, la regularidad y la continuidad hasta los límites. Especialmente en la Heráldica. Si bien en este caso las excepciones son cada vez mayores. Piénsese en los nuevos logotipos de empresas, instituciones, ideas o productos y servicios. Al fin y al cabo, cualquier persona, animal o cosa puede convertirse en símbolo de identidad, también de poder: el águila real, la cara del coronel que anuncia los pollos fritos de Kentucky, la hoja de arce, los graffiti territoriales o las firmas gestuales de los líderes de bandas de barrio, son buenos ejemplos.

Los motes y los textos también son deudores del contenido y forma de los mensajes. Como la fijación, petrificación o cristalización tiende a ser predominante, es normal que el origen religioso y el político se vean reflejados, junto, en tiempos más modernos, a los intereses comerciales, gremiales y asociativos. En general reflejan criterios morales, virtudes y vicios, valores sociales, títulos y símbolos de status diferenciadores. Y todo ello, bajo el interés explícito o velado de la identidad. La identidad de las culturas que se protegen y defienden.

Existe también una emblemática de la rebeldía, ya que por necesidades de identidad grupal, los movimientos sociales y las organizaciones más contestatarias y transgresoras tienden a buscar imágenes emblemáticas de su identidad. Ha sido así desde los grafitos e incisiones de la prehistoria hasta las pandillas de barrio actuales. Los criterios de fijación, identidad y diferenciación están presentes tanto en las clases dominantes como en las dominadas.

Esto requiere unas reflexiones sobre el esquema emocional de los humanos. Y en este paréntesis no tengo más remedio que referirme a la obra de Norbert Elias. Este pensador de la Escuela de Frankfurt, recientemente fallecido, tiene dos enfoques contradictorios al respecto. En una de sus obras más influyentes, *El proceso de civilización*, se manifiesta con gran dureza contra todo el bagaje simbólico cuya orientación estaba destinada al mantenimiento de los sistemas dominantes. Muy en concreto el Feudalismo, que es tal vez el que más utilizó la emblemática para fomentar lo tradicional y perpetuarse. Desde el **lenguaje**, que en un principio fue simbólico, hasta las **normas de protocolo y etiqueta** en las comidas, se reforzaba con la cultura no material, el efecto de las coronas, escudos, banderas, castillos, uniformes y vestuario. Y

el Feudalismo resistió varios siglos más gracias a ello, tal vez. Pero por otra parte, Norbert Elias, que además de sociólogo era médico y psicólogo, en su *Sociología de las emociones* planteó el paradigma siguiente: En contra de los constructivistas, los humanos no construimos nuestras emociones. Las emociones no vendrían fundamentalmente de fuera, sino que tendríamos unas valencias afectivas. Unos más y otros menos, y de mayor o menor intensidad. **Estas valencias afectivas serían internas y además genéticas. Pero estarían frustradas a menos que encontrasen un anclaje, que fundamentalmente sería en otras personas.** Esta sería, por ejemplo, la razón por la que los humanos sufren tanto cuando fallece un ser querido: teníamos ancladas en él las valencias que habrían quedado desvinculadas y permanecerían frustradas hasta conseguir un nuevo anclaje sustitutorio

Pues bien, en un momento de su análisis, dedica unos párrafos a algo que resulta excepcional, admite como cierto que **el anclaje afectivo de los humanos tiende a concentrarse en otras personas. Esta sería la regla general. Sin embargo, por proyección de esta misma regla, y siguiendo el mismo mecanismo afectivo, las personas pueden dirigir sus valencias a otros animales, objetos, ideas o símbolos. Y de acuerdo con este criterio, ¿podría alguien afirmar que cuando alguien se emociona o incluso llora ante una bandera está actuando por razones culturales? ¿No podría ser que hubiera también alguna razón genética?**

**Se diría que algo de nuestras valencias afectivas internas está en juego. Lo que no por ser internas y genéticas se convertirían en racionales.** Hasta ahí no llega la reflexión, ya que también la capacidad de flexibilidad y de reflexión flexible, en las personas, puede resultar natural y por tanto genética.

Luego las imágenes añaden sus motes, las marcas de la casa, y como no quedan claros, no bastan para evitar ambigüedades, para poder fijar el mensaje suelen añadir un texto. Un texto que no necesariamente tiene que ser explícito en todo momento. Al final, después de muchas repeticiones, basta con las imágenes para conseguir los objetivos.

Las estructuras muy jerárquicas y las diferencias funcionales tienen a veces que hacerse notar. Y que marcar con coronas, anillos, birretes o báculos, su condición superior o inferior. También a los esclavos se les imponían sus símbolos de estatus. No deja de ser curioso que las placas de la policía (sobre las cuales hay ya coleccionistas y algún museo), o las monedas de curso legal, respondan a la estética de las figuras emblemáticas más frecuentes.

Como manifestación humana, la emblemática, en la era de la creciente complejidad, no podría escapar del proceso de racionalización progresiva del resto de la cultura.